

Lingüística y traducción: perspectivas de reconciliación

Mohamed EL-MADKOURI MAATAOUI
Universidad Autónoma de Madrid

Como citar este artículo:

EL-MADKOURI MAATAOUI, Mohamed (2003) «Lingüística y traducción: perspectivas de reconciliación», en MUÑOZ MARTÍN, Ricardo [ed.] *I AIETI. Actas del I Congreso Internacional de la Asociación Ibérica de Estudios de Traducción e Interpretación. Granada 12-14 de Febrero de 2003*. Granada: AIETI. Vol. n.º 1, pp. 57-68. ISBN 84-933360-0-9. Versión electrónica disponible en la web de la AIETI: <http://www.aieti.eu/pubs/actas/I/AIETI_1_MMM_Linguistica.pdf>.



Lingüística y traducción: perspectivas de reconciliación

Mohamed EL-MADKOURI MAATAOUI
Universidad Autónoma de Madrid
el-madkouri@uam.es

Introducción

Hasta hace poco tiempo, la lingüística y la traducción han venido desarrollándose por distintos derroteros. La lingüística sólo estudia la traducción ocasionalmente, y cuando lo hace, la mayoría de las veces es para aclarar su inutilidad para la aprehensión de realidades extrañas, e incluso para certificar su imposibilidad.

El *boom* de la traducción en los años cincuenta y sesenta no se ha correspondido con una literatura lingüística que pueda contribuir a dilucidar los problemas lingüísticos del significado y de los mecanismos de interpretación para traductores. Todo lo contrario, la mayoría de las labores lingüísticas de esa época se han centrado en la discusión sobre si la traducción es o no posible, y sobre si la traducción es arte o técnica. Basados en las teorías antropológicas de Whorf, quien afirma que «*nous disséquons la nature suivant des lignes tracées d'avance par nos langues maternelles*» (Mounin, 1989: 830), algunos teóricos del lenguaje –ya en una línea de investigación filológico colonialista–, llegan incluso a negar el mismo acto de traducir porque éste, piensan, descansa sobre la versión de sistemas lingüísticos, entendidos como visiones intransferibles del mundo. El otro, en vez de traducir y traducirse, ha de aprender. Es la sustitución, cuando se trata de las colonias, de la traducción por el aprendizaje. Argumentaré este fenómeno en otra publicación.

La lingüística generativa, a lo largo de una historia de más de cuarenta años –a pesar de algunos trabajos de Eugene Nida que a veces utiliza una terminología propia de esta corriente– tampoco participó, empíricamente, en disipar la desconfianza de los traductores hacia los lingüistas. Los contadísimos estudios experimentales que en principio versan sobre una realidad cercana a los traductores se han centrado, sin embargo, en unos contrastes lingüísticos de tipo sistémico. Es decir, que incluso cuando la lingüística era contrastiva, fallaba su aportación porque los contrastes se realizaban a nivel del sistema/competencia y no del proceso/actuación, utilizando la terminología de las dos corrientes rivales, la funcionalista y la generativista, hasta bien entrados los años setenta.

La lengua, según esta visión formalista, es un conjunto de elementos y estructuras configuradas algebricamente. La intervención de los factores extralingüísticos (sociales, individuales, culturales, pragmáticos, semióticos, etc.) era sencillamente

ignorada, pues uno de los principios de análisis de esta lingüística es regularizar y estandarizar los datos empíricos que sirven como corpus de la investigación lingüística. Y esto sólo puede conseguirse mediante: *a)* la eliminación de todo aquello que provenga de alguna causa extralingüística y que distorsione la actuación lingüística, *b)* la discriminación de aquello que supone variación diatópica, diastrática y diafásica, para obtener unos datos que se acerquen a una especie de lengua neutra y *c)* finalmente, la eliminación de todo aquello que esté determinado por el contexto de uso en el que tiene lugar la actuación lingüística. Si a esto añadimos que, incluso desde esa perspectiva, el aspecto lingüístico más necesitado por los traductores, la semántica, apenas sí ha sido rozado por las distintas corrientes lingüísticas de principios y mediados del siglo XX, podemos comprender las razones de las desavenencias entre lingüística y traducción. El divorcio vendría luego de la incompatibilidad entre las unidades analíticas, desde el punto de vista de la lingüística, y las unidades de traducción, desde el punto de vista de la traductología. Para la lingüística formalista, el universo máximo de análisis lingüístico es la oración, mientras que la unidad de los traductores es el enunciado en tanto que unidad significativa. Es decir, que la unidad manejada por los traductores no siempre coincide con la de los lingüistas.

Desde el punto de vista teórico, el fiasco que supuso *Una teoría lingüística de la traducción*, de J. C. Catford, y la más que expresiva obra sobre *Los problemas teóricos de la traducción* de Georges Mounin, reflejan hasta qué punto la lingüística estaba alejada de la traducción. En el periodo anterior, las discusiones entre Cary y Federov no versan sobre la aclaración de qué es, en primer lugar, la traducción y en qué debe consistir, sino en si es arte o técnica. El empeñamiento del primero a cualquier otra consideración que no fuera la artística y artesanal de la traducción no ha contribuido a que se valore esta labor por parte de los lingüistas, a pesar de los llamamientos de Malblanc y de Vinay y Darbelnet unos años antes.

Acostumbrados a trabajar sobre la oración como unidad máxima de análisis lingüístico y sobre los aspectos fonológicos, morfológicos y sintácticos de la lengua, podemos afirmar sin tapujos que tanto la lingüística estructural, como la funcional y la generativa son de escasa ayuda directa para despejar los muchos problemas empíricos que se le plantean al traductor. Hay que esperar a los primeros trabajos hechos sobre la conversación (Fanshel y Labov: 1977) para que las preocupaciones de traductores, traductólogos y lingüistas empiecen a coincidir.

En la presente comunicación se intentará analizar –desde el punto de vista traductológico– la relación entre la lingüística y la traducción para destacar qué elementos metodológicos e instrumentales aporta la primera para la comprensión del proceso de la segunda y, por consiguiente, para la resolución de algunos de sus problemas.

1. Traducción, comparatismo y lingüística

Podemos decir, sin reservas, que la lingüística moderna es fruto de la traducción. El nacimiento de la teoría del lenguaje humano, su consolidación y su *transaccionalización*, y por ende *translingüismo*, desde finales del siglo XVIII y principios del XIX, sería inconcebible sin la traducción. La lingüística moderna es deudora de la traducción, tanto por su nacimiento como por su conocimiento. La lingüística nace gracias a la traducción como han nacido las literaturas occidentales siglos antes, pues «las literaturas nacionales europeas comenzaron con traducciones del griego y del latín», según *La grande encyclopédie* (1976, V.19: 12066). En el caso del español habría que añadir las traducciones del árabe como *Calila y Dimna*, así como varios textos alfonsíes.

En el ámbito exclusivo de la lingüística, el conocimiento y dominio de otras lenguas, a principio del siglo XIX, era necesario para el nacimiento de la lingüística en su vertiente comparatista. El «descubrimiento», más bien el redescubrimiento, del Sánscrito a finales del siglo XVIII fue decisivo para que la lingüística naciera como comparatista en la Alemania de principios del siglo XIX. La lingüística sería inconcebible sin la labor comparatista de los hermanos Friederich y August William von Chlegel, Franz Popp y Friederich Chleicher. Ahora bien, el *comparatismo* a su vez sería imposible sin la traducción, sea ésta implícita o explícita. Es decir, que la traducción se ha utilizado al menos desde dos perspectivas distintas, pero complementarias. Por una parte, se ha utilizado la traducción como herramienta, esto es, como la utiliza cualquier investigador en la actualidad, para la aprehensión de un conocimiento ajeno y para la lectura bibliográfica. Y se ha utilizado como método de investigación, desde el punto de vista comparatista, por otra parte.

1.1. Traducción como herramienta

Como resulta imposible hablar todas las lenguas en las cuales se escribe sobre lingüística, la traducción ha servido y sirve al lingüista para conocer lo que se publica en otras lenguas. En este caso la traducción es una herramienta de conocimiento. Incluso cuando el lingüista lee en otras lenguas, en realidad lo que hace es traducirse a sí mismo un conocimiento ajeno. Es decir, que la traducción opera, en estos casos, de dos modos:

1.1.1. Traducción explícita

El lingüista maneja una obra ajena en su propia lengua; esto es, traducida. En esta lingüística global, por lo menos desde el punto de vista de la investigación lingüística, están disponibles en español la mayoría de los estudios ingleses, alemanes o franceses sobre temas lingüísticos. Lo que hace el investigador, hablante de español o de otra lengua, es trabajar sobre un material lingüístico traducido.

1.1.2. Traducción implícita

El lingüista, en este caso, consulta la obra lingüística, no como una traducción, sino como un original. Ahora bien, si está acostumbrado a investigar y a publicar sus resultados en su propia lengua, lo que hace es traducirse a sí mismo lo que lee en la lengua extranjera. En este caso, el lingüista es su propio traductor. El grado en que se viera implicada esta operación traductora implícita de traducción dependerá del grado de familiaridad del tema de investigación en la lengua de llegada. Si el tema es novedoso, el lingüista pensará en cómo verter a su propia lengua, para su posterior aplicación, tanto los contenidos como, sobre todo, la terminología ajena. De hecho, la mayoría de los traductores de obras lingüísticas son lingüistas.

1.2. Traducción como método

La abstracción y generalización de las descripciones lingüísticas son difícilmente concebibles sin la comparación. Es decir, que la columna vertebral de la labor lingüística reside en la comparación ¿Se puede investigar en lingüística sin comparar? Ahora bien, a diferencia de la filología, en que las comparaciones pueden realizarse intralingüísticamente, en lingüística las comparaciones se realizan en dos niveles:

1.2.1. Traducción intralingüística

Esta traducción sería el resultado de la aplicación de los mecanismos de abstracción y generalización de las descripciones lingüísticas de las distintas variedades diafásicas, diastráticas y diatópicas. El lingüista, en este caso, aplica una traducción interna como estrategia de contraste. Este tipo de traducción es lo que Jakobson, en su famosa tipología de la traducción, llama traducción *intralingüística*, de la cual la paráfrasis es uno de los ejemplos.

1.2.2. Traducción extralingüística

La comparación traductora es importante en la labor del lingüista universalista. Para que los resultados sean a la vez procedentes del fenómeno lingüístico en general, como aplicables a él, el uso de la traducción como método de investigación se hace imprescindible. Ninguna observación lingüística que no se base implícita o explícitamente en la traducción entre dos sistemas lingüísticos, es difícilmente aplicable al fenómeno lingüístico en general. Es decir, que no se puede aplicar una teoría lingüística sin comprobar previamente su traducibilidad.

1.3. Traducción como objeto de estudio

Las obras traducidas constituyen un valioso corpus para el lingüista ocupado en la descripción de los contactos lingüísticos, pues la traducción es el campo por excelencia de contactos *interlingüísticos*. La lingüística contrastiva, tanto tradicional como moderna, se basa fundamentalmente en la traducción. Sin embargo, en los últimos años las obras traducidas están siendo muy estudiadas por la nueva disciplina lingüística: la cognitiva.

[...] *Translation is an excellent field of observation for two reasons. First, it is a "semantically rich" task, as compared with placing objects in a particular order, for example. Second, it is one of the most controlled tasks inasmuch as the translator, as opposed to a mere reader or writer, cannot avoid problems. Like it or not, he or she has to translate the entire text [...]*

(Dancette, 1997, 85)

La traducción es, por ello, un excelente campo de pruebas para la lingüística cognitiva porque permite varios tipos de contrastes: escritura y lectura, comprensión y expresión, análisis y síntesis de dos lenguas distintas, además del análisis del papel del traductor, que no se limita al de mero lector u oyente del texto. Otra vez más, la traducción al servicio de la lingüística.

2. Traducción y consolidación lingüística

La lingüística sería inimaginable sin la traducción. Si la lingüística es ahora universal es gracias a la traducción. Ésta opera en dos niveles:

- a) La traducción hace comunicables entre sí a los lingüistas del mundo. Las bibliotecas de cualquier universidad del mundo están dotadas de obras lingüísticas redactadas inicialmente en lenguas ajenas, pero que se pueden consultar en otra. El generativismo nacido en Massachussets se estudia e investiga en Marruecos, la India y Singapur gracias a la labor traductora.
- b) El universalismo de las teorías lingüísticas es obra, en cierta medida, de la labor traductora. La aplicación y aplicabilidad de estas teorías a lenguas en las cuales no fueron inicialmente concebidas se debe a que el corpus analizado y la base descriptiva de las mismas han contemplado datos procedentes de más de una lengua. No es de extrañar que en cualquier libro de lingüística encontremos más de una lengua, especialmente cuando se trata de la ejemplificación. Esto significa que metodológicamente el lingüista ha generalizado sus observaciones iniciales sobre una lengua concreta a la vez traduciendo de otra y comprobando la traducibilidad de sus teorías a otras lenguas.

No obstante, si revisamos la literatura lingüística desde su nacimiento en Alemania a principios del siglo XIX en su vertiente histórico-comparatista, el lugar de la traducción como preocupación y ocupación de los lingüistas es mínimo. Es decir, que esta herramienta imprescindible para cualquier lingüista no ha recibido el tratamiento que en principio le correspondería como una operación metodológica y un fenómeno interlingüístico dignos de estudio. El fenómeno del bilingüismo ha sido y sigue siendo curiosamente objeto de una abundante literatura lingüística, pero no la traducción. Todo lo contrario, la traducción ha sido hasta combatida por cierta lingüística formalista como una operación imposible.

3. Lingüística, lógica y traducción

Los tratados lingüísticos sobre traducción son contadísimos y van desde los que se han redactado para clarificar los problemas de ésta a los que, sin éxito, han intentado aplicar alguna que otra teoría del momento a esta disciplina. Fedorov, ya en los años cuarenta, llama a la consideración lingüística de la traducción como una operación técnica basada en estrategias y procedimientos que se puede sistematizar, abstraer y teorizar. Sin embargo, sus llamamientos se han enfrentado a dos fenómenos nada favorables:

a) La mayoría de los traductores, profesionales del oficio y ajenos a las elucubraciones teóricas, eran reacios a una consideración que no fuera artística y artesanal de la traducción. La traducción es, para ellos, un arte que no puede ser sujeto ni a descripciones técnicas, ni realizarse mediante procedimientos y estrategias racionales. Para la consideración artística de la traducción, Edmond Cary a la cabeza, la única regla aceptable en traducción es que en ésta no puede haber reglas. Todo ello es consecuencia de algunos interrogantes que se han planteado en los años cincuenta y siguientes, lamentablemente, planteándose ¿La traducción es arte o ciencia? ¿Debe estudiarse como una realización artística o como una operación técnica? Estas son preguntas que se han planteado desde hace varias décadas y que han motivado la controversia entre A. V. Féderov y Edmond Cary. Aunque la polémica se ha planteado como una controversia entre el arte y la ciencia, la razón subyacente es otra. Se trata de la adscripción de la traducción. La pregunta es sencillamente si la traducción debe considerarse como una operación lingüística o, en cambio, ha de estudiarse como un ejercicio literario.

Georges Mounin se ha referido a este debate entre lo que llama desviación lingüística y desviación literaria. Se trata, en realidad de dos corrientes de pensamiento: una encabezada por Fedorov desde el campo de la lingüística, y otra capitaneada por Edmond Cary desde el campo de la literatura. El autor de los problemas teóricos de la traducción atribuye esta controversia al sentido restrictivo que tiene este último de la lingüística. Cary «restringe su definición de la lingüística a la de la lingüística descriptiva formal. Siendo traductor y no lingüista, confunde la lingüística general y la lingüística descriptiva, ignora, al lado de la lingüística interna, la existencia de una lingüística externa [...] así como de una estilística, cuyos problemas son precisamente los que le preocupan como traductor» (Mounin, 1971)

b) Los lingüísticos preocupados y ocupados en la sistematización de las oposiciones de tipo fonológico, morfológico, sintáctico e, incidentalmente y muy accidentalmente, semánticos, estaban inmersos en unos métodos lingüísticos en los cuales la traducción no tiene cabida. Ahora bien, la lengua no se presenta ante el traductor como una fonética, ni como una morfología, ni siquiera como una sintaxis, sino como «un vocabulario, como una lexicología» (Hausman, 1997: 26). Y si en alguna ocasión se ha tratado algún tema puntual relacionado con ésta es para denunciar sus problemas e, incluso, certificar su imposibilidad.

Desde el punto de vista metodológico, los formalismos de la lingüística de los años treinta y cuarenta han ido al encuentro de los lógicos y matemáticos de la época. Es

decir, que junto con la lingüística formalista convivía una matemática y una lógica que también intentaban formalizar el lenguaje. Aún más, los lingüistas pretendían simular los formalismos lógicos y matemáticos. Unos formalismos, como los de Quine, que sencillamente niegan cualquier posibilidad de la traducción. Esta alianza tácita entre la lingüística y la lógica dificultan la relación entre la traducción y la lingüística.

4. Lingüística formal y traducción

Si la lingüística del siglo XX, hasta bien entrados los años setenta, era casi exclusivamente formalista, la investigación traductológica que, incidentalmente, le ha acompañado y tomado el relevo no ha favorecido el encuentro de la traducción con la lingüística. Por eso «los primeros desarrollos de la teoría lingüística resultaron de escaso interés para los traductores» (Hatim H. y Mason I, 1995: 40). Los contrastes entre sistemas lingüísticos determinan la imposibilidad de la traducción porque son demasiadas las diferencias entre las lenguas. No obstante, lo que esta lingüística no se ha planteado es investigar por qué y cómo, a pesar de la heterogeneidad defendida de los diversos sistemas lingüísticos, los hombres pueden comunicarse de lengua a lengua. Aun más, hasta los estudios traductológicos parecen no convencer demasiado a los traductores. Son, pues, «numerosos los tratados de traductología, o de traductología, que, en la medida en que están fundados sobre la lingüística, provocan más bien la desconfianza del traductor práctico» (Hausman, 1997: 26). Ninguna de las máquinas traductoras puede proporcionar resultados satisfactorios en la traducción de textos naturales, entendidos éstos como textos que no hayan sido confeccionados previamente para adecuarse al programa traductor. La razón del más que probado fracaso de la traducción automática es quizá la concepción que se tiene de la traducción. Ésta se entiende como una operación que se realiza sobre lenguas, es decir, sobre léxicos y gramáticas en contacto, no sobre textos, realizaciones, en los que el contexto es determinante. La traducción quizá pueda entenderse como una operación matemática, pero es una operación matemática como muchas indeterminadas y muchas ecuaciones que sólo se pueden definir en realizaciones concretas. Los programas elaborados para la traducción automática se ocupan sólo de la gramática y del léxico; no pueden ceñir un contexto constantemente indeterminado e indefinido. Por lo tanto, existen al menos dos conocimientos que confluyen lingüísticamente en la labor traductora: conocimiento lingüístico y conocimiento textual. ¿Dominar dos lenguas significa poderlas traducir? La lingüística no aportó ninguna respuesta, aunque sí la neurología. En cualquier caso, se debe determinar qué es lo que se entiende por dominio de una lengua. Si éste se reduce a saberla hablar y entenderla correctamente, en el sentido de dominar su léxico y su gramática, la respuesta a la pregunta anterior será negativa, ya que los programas informáticos pueden llegar a mecanismos muy precisos en la captación de los dispositivos lingüísticos, y sin embargo esto no garantiza una traducción medianamente aceptable. Por lo que

podemos afirmar que el conocimiento lingüístico no es proporcional al conocimiento de la traducción, y por tanto la investigación se está dirigiendo a otros aspectos. Aún así los traductores siguen reacios a los planteamientos descriptivos y teóricos de la traducción por varias razones, entre las cuales se pueden citar:

- a) La consideración artesanal o artística de la traducción y la reacción de la mayoría de los traductores a concebir que su «oficio» es una serie de operaciones y estrategias que pueden estudiarse científicamente.
- b) La arraigada convicción de los traductores de que la lingüística no puede abordar temas que no sean estrictamente formales de la lengua, tal y como lo hacía a lo largo de los años de mediados del siglo XX.
- c) El interés inicial de la lingüística por los aspectos fonológicos y morfosintácticos, rezagando a un segundo término lo que a los traductores les interesa más, la semántica, justifica ese desinterés de los traductores por la traducción.
- d) La fijación de la lingüística estructural, funcional y generativa de la unidad de análisis en el fonema, el signo o la oración, mientras que los traductores se interesan más por las unidades supraoracionales, tal como los están estudiando las lingüísticas del texto, la pragmática y la lingüística cognitiva.
- e) La fijación de la lingüística tradicional en las relaciones estructurales y sistemáticas *intra lingüísticas*, mientras que el traductor se interesa más por las relaciones *interlingüísticas*, hacen que éste perciba la lingüística como alejada de su ámbito de actuación.
- f) La alianza entre lingüística e informática en la empresa de informatizar la traducción no hace más que desprestigiar la labor lingüística en su relación con la traducción.

En cualquier caso, la traducción es un problema para este tipo de lingüística formal porque, siendo una operación lingüística, la traducción no se limita a lo que es formalmente lingüístico. «La traducción es una operación que se efectúa sobre hechos a la vez lingüísticos y culturales, pero cuyos puntos de partida y llegada son siempre lingüísticos» (Mounin, 1979). Es decir, que la traducción trasciende lo puramente lingüístico y con ello desborda el terreno tradicionalmente lingüístico. De hecho, el traductor no concibe la operación traductora como una mera operación de trasvases fonológicos, morfológicos y sintácticos.

5. Lingüística supraoracional y traducción

Ya en los años cincuenta, la estilística ha proporcionado algunas conclusiones que deberían tomarse en cuenta tanto por lingüistas como por teóricos de la traducción: en traducción existe algo que es *extralingüístico*. J. P. Vinay y J. Darbelnet fundan su obra sobre su propia concepción de la estilística. Distinguen entre una estilística interna y otra externa. La estilística interna estudia los medios de expresión oponiendo los «elementos efectivos» del lenguaje a los «elementos intelectuales» en el interior de la misma lengua. La estilística externa, o comparada, observa «los caracteres» de una lengua como resultado de su comparación con otra. La *Stylistique comparée du français et de l'anglais. Méthode de traduction* (1958) es un trabajo tanto de estilística interna como de estilística externa, que además maneja como herramienta metodológica la oposición entre la concreción, la realidad y la abstracción. Para estos autores la lengua inglesa es una lengua semánticamente concreta mientras que la lengua francesa es abstracta.

En lo que respecta a la traducción, los autores establecen también una oposición binaria entre la traducción literal y la traducción oblicua. Procedimientos como el calco, el préstamo y la traducción literal pertenecen a la traducción literal, mientras que la transposición, cambio de función; la modulación, cambio de punto de vista; la equivalencia, cambio de la modalidad de expresión y la adaptación, por procedimientos de tipo cultural, pertenecen a la traducción oblicua. Cabe notar que el planteamiento de todas estas definiciones parte de una consideración lingüística; es decir, que es a partir del análisis del material lingüístico y no de sus referentes como los autores determinan estos fenómenos lingüístico-traductorios. El calco, el préstamo y la traducción literal son operaciones que se aplican directamente al material lingüístico y son siempre determinados como tales partiendo del texto de llegada. Esto quiere decir que se detecta en el texto de la traducción la presencia de huellas lingüísticas del texto de partida. Mientras tanto, en todos los procedimientos de la traducción oblicua, el punto de partida del investigador es el propio texto original. El procedimiento seguido para el establecimiento de las definiciones de la transposición, la modulación y la equivalencia es el seguimiento del devenir del material léxico-sintáctico-semántico de la lengua de partida en la lengua de llegada. Tanto en la traducción literal como en la oblicua se atiende al material textual; sólo cambia el punto de vista. En el primer caso se analiza el texto de llegada en función del texto de partida; mientras que en el segundo, aunque la traducción es el texto analizado, el punto de partida está en los elementos lingüísticos del texto de partida.

6. Perspectivas de futuro

Desde los años setenta la lingüística ha dado un espectacular cambio que, sin embargo, no ha podido repercutir todo lo positivo que se quisiera sobre la traducción. La lingüística actual, en sus aspectos textual, pragmático y cognitivo, aunque ha podido contrarrestar cierta imagen de la lingüística como lugar inhóspito para los traductores, no ha podido implantarse como una disciplina de aplicación directa en traducción.

La unidad de análisis lingüístico ya no es estrictamente la oración, sino que ya se habla de enunciados y de unidades de significado. Si la lingüística anterior, de corte formalista, estudiaba lo que podríamos llamar patrones lingüísticos, la lingüística del texto, entre las actuales, estudia, por ejemplo, los mecanismos de producción, procesamiento y recepción de los textos en una situación comunicativa. Además se preocupa, como lo hacen también muchos traductores, por cuáles son las estructuras construidas mediante operaciones intencionadas de selección, y cuáles son las repercusiones que esas operaciones tienen en la interacción comunicativa (Beaugrande y Dressler, 1977). Es decir, que la preocupación descriptiva del lingüista no se limita exclusivamente al material lingüístico, sino a su razón de ser. El emisor y el receptor del discurso no son ya meros polos de una cadena de emisión y de recepción como si de aparatos de telecomunicaciones se tratara, sino participantes en la configuración e interpretación del discurso. La lingüística del texto se ocupa, entre otras, del cómo y por qué se construyen y se utilizan los textos; algo de suma importancia para los traductores interesados, como constructores de textos, por dominar los mecanismos de «de-construcción», construcción y utilización de textos de todo tipo. De hecho, los ante-cedentes tanto temáticos como procedimentales y metodológicos de la lingüística del texto los podemos encontrar en la retórica clásica, la estilística, la filología, la antropología, los estudios literarios, la etnometodología, la lingüística descriptiva y distribucionalista americanas. También existen antecedentes de la lingüística del texto en Harris, Coseriu, entre otros. El último concluye en un periodo de la historia de la lingüística, inapropiado para esas consideraciones, que se debe «tener en cuenta no sólo el conocimiento de los hablantes sobre su propia lengua, sino también las técnicas que emplean para convertir ese conocimiento lingüístico en actividad verbal» (citado por Beaugrande y Dressler, 1977). Es decir, en los textos no existen sólo elementos de diccionario y de gramática, sino que deben tenerse en cuenta las estrategias empleadas en su codificación y decodificación por emisores y receptores. En todos estos casos, el problema del significado se plantea como columna vertebral de los estudios lingüísticos de tipo semántico, textual, pragmático y cognitivo. No obstante, el significado es un problema porque «Bajo el concepto usual de significado se incluyen aspectos de muy diversa naturaleza que tienen que ver con el contexto lingüístico, enciclopédico o cultural y social» (Moreno 1994:42). El significado y la significación trascienden por ello lo puramente lingüístico, en el sentido formalista de la lingüística.

La pragmática lingüística, en cambio, va más allá del texto. Esta disciplina se ocupa de los «principios que regulan el uso del lenguaje en la comunicación, es decir, de las condiciones que determinan tanto el empleo de un enunciado concreto por parte de un hablante concreto en una situación comunicativa concreta, como su interpretación por parte del destinatario» (Escandell 1996). Es decir, que no se ocupa sólo de los elementos textuales en sí, sino que los sitúa en la realidad comunicativa que los ha dado lugar. El pragmático, como el traductor, se preocupa de los criterios de selección y elección de los distintos enunciados. Para el traductor, y lo es el resultado su trabajo, cada enunciado es sólo una opción entre varias posibles. ¿Por qué el autor del original ha elegido precisamente una expresión y no otra?, ¿cuáles son

los elementos lingüísticos y mecanismos constructivos que se han usado en su confección? La respuesta a este tipo de preguntas no sólo interesa a los lingüistas pragmáticos, sino también a los traductores. Éstos se preocupan no sólo por los mecanismos de comprensión de los enunciados en su realidad pragmática, sino por los procesos de expresión en una lengua y para una sociedad y cultura ajenas. La pragmática es, pues, de interés para la traducción porque es «una disciplina que toma en consideración los factores extralingüísticos que determinan el uso del lenguaje, precisamente aquellos factores a los que no puede hacer referencia un estudio puramente gramatical: nociones como el emisor, destinatario, intención comunicativa, contexto verbal, situación o conocimiento del mundo van a resultar de capital importancia» (Escandell 1996). De hecho, la mayoría de los problemas de traducción no siempre son lingüísticos, sino de tipo referencial. El traductor, para una mayor comprensión del material textual en su totalidad, se preocupa por identificar la fuente del texto y su destinatario final. Estos dos elementos son importantes para la interpretación del material lingüístico, como lo son igualmente la intención con que se oferta el discurso, su contexto, situación y el conocimiento de las realidades extraverbales. Si una persona llama a otra a las tres de la madrugada, ésta descuelga el teléfono y escucha un discurso en una lengua que le es familiar... ¿Habrá entendido? Probablemente no. En primer lugar tiene que ser destinatario de esos enunciados y no un mero receptor equivocado. Además, el discurso en sí tiene que ser coherente y cohesivo para ser inteligible y el destinatario ha de estar en condiciones mentales y físicas adecuadas para poderlo entender. Incluso reuniendo todas estas condiciones, el discurso solo será entendido en el momento en que a la pregunta, no necesariamente textual, de una llamada a las tres de la madrugada le siga una respuesta. Sólo si la persona medio dormida logra contestar a la pregunta: «¿Por qué me habrán llamado a estas horas?», podremos considerar que ha entendido el mensaje. Ahora bien, esta respuesta no está en el discurso en tanto que codificación textual, sino fuera de él. Interrogantes como éstos, sobre la razón de ser de los enunciados, son de los que se plantean los traductores todos los días. En la comprensión de un enunciado funcionan tres niveles de comprensión: *a*) el significado abstracto (convencional), *b*) la interpretación de la frase (deductivo), y *c*) el significante contextual (constructivo). El discurso, por lo tanto, nunca se establece aislado, sino que aparece dentro de un contexto marcado lingüística y culturalmente, entendiendo la cultura en su sentido antropológico como «modos de vida de un grupo social, sus formas de sentir, de hacer o de pensar; también las conductas afectivas como las representaciones sociales y los modelos que las orientan (sistemas de valores, ideologías, normas sociales)» (Ladmiral y Vear 1989: 8). Las barreras lingüísticas sólo constituyen la primera dificultad a la que la traducción intercultural, en este caso, habrá de encontrar una solución. En la mayoría de las ocasiones el problema del traductor no está en su relación con el decir, sino en su dificultad de aprehender el querer decir de lo que traduce. En este punto concreto, fundamental por supuesto, la coincidencia entre pragmática y traducción es plena. Ambas disciplinas coinciden en que el «*Meaning is not an invariant; it is context-dependent*» (Dancette 1997: 82). El sentido no es invariable, depende del contexto. Es

éste el que proporciona los factores necesarios para que se pueda atribuir un determinado significado a una determinada categoría. El contexto, tanto lingüístico como extralingüístico, es el catalizador donde se condicionan todas las relaciones semánticas entre los elementos lingüísticos. El significado inherente a las piezas léxicas –el del diccionario– se ve reducido, ampliado o modificado por las relaciones que éstas contraen con otras del mismo contexto o por sus referencias a una realidad extralingüística. La lingüística cognitiva da un paso más allá de la pragmática lingüística en la aprehensión del significado. Para esta nueva corriente lingüística al menos dos elementos son fundamentales para la aprehensión de la realidad lingüística: el contexto, entendido en el sentido más amplio de la palabra, y la mente. La lingüística cognitiva reubica el estudio del lenguaje verbal en el terreno de la pluridisciplinariedad y pluriespecialidad. La interpretación y comprensión no es, por tanto, el resultado de la descodificación de un material lingüístico, tal como lo hacían los formalistas, sino su reubicación corpórea en las circunstancias lingüísticas, culturales y cognitivas que le dieron lugar.

Referencias

- ALSINA, V. y BECESARIS J. (2001): La traducción de las alusiones culturales. El caso de Bridget Jones. En CRUZ, I. de la, SANTAMARÍA, C., TEJEDOR C. y VALERO, C. BEAUGRANE. R. A. De y DRESSLER. W. U. (1977): *Introducción a la lingüística del texto*. Barcelona: Ariel.
- Cary, E. (1956). *La Traduction dans le monde moderne*. Genève: George y Cie.
- CASAGRANDE, J.b. (1954): The ends of translation. En CRUZ, I. de la, SANTAMARÍA, C., TEJEDOR C. y VALERO, C. *International Journal of American Linguistics*, 20.4.
- CORPAS PASTOR, G. (2001): La traducción de unidades fraseológicas: técnicas y estrategias?, en Cruz, I. de la, Santamaría, C., Tejedor C. y Valero, C.: Cruz, I. de la, Santamaría, C., Tejedor C. y Valero, C., eds.
- CRUZ, I. de la, SANTAMARÍA, C., TEJEDOR C. y VALERO, C. *La lingüística aplicada a finales del siglo XX. Ensayos y propuestas*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- DUCHÉNE, N. Y LAUZIERE, C. (2001): La competencia sociocultural en la formación del traductor/ intérprete en lengua francesa, en Cruz, I. de la, Santamaría, C., Tejedor C. y Valero, C.: Cruz, I. de la, Santamaría, C., Tejedor C. y Valero, C., eds.
- EL-MADKOURI MAATAOUI, M. (2002). La cultura como fundamento. Los conocimientos extralingüísticos y la traducción, en Fundación Telefónica: *TELOS Cuadernos de comunicación, Teconología y sociedad*, 54, 2ª época.
- . (2002). Traducción de los sistemas temporales entre el árabe y el español, en *Turjuman*, 11 (2). Tánger. Escuela Superior Rey Fahd de Traducción.
- EL-MADKOURI MAATAOUI, M. y Soto Aranda, B. (2002). La función de la interpretación en una sociedad de recepción (la complejidad lingüístico-cultural en el caso del inmigrante marroquí. En VALERO GARCÉS, C. y G. MANCHO BARÉS, eds. *Traducción en los Servicios Públicos: Nuevas Necesidades para Nuevas Realidades / Community Interpreting and Translating: New Needs for New Realities*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de UAH (en colaboración con Beatriz Soto Aranda).
- ESCANDELL VIDAL, M. V. (1996): *Introducción a la pragmática*. Barcelona: Ariel.
- HAUSMANN, F. J. (1997). Le traducteur et la lingüistique. En VEGA, M. A. y MARTÍN-GAITERO, R.: *La palabra vertida: investigaciones en torno a la traducción*. Universidad Complutense de Madrid.
- HELMY IBRAHIM, A. (2001): Quelle linguistique pour la traduction?, en Cruz, I. de la, Santamaría, C., Tejedor C. y Valero, C., eds.
- LAROUSSE (1976). *La grande encyclopédie*: Librairie Larousse (V.19), p. 12066
- MOUNIN, G. (1979): *Los Problemas Teóricos de la Traducción*. Madrid: Gredos.
- SANTOYO J.-C. y RABADÁN, R. (1989). Traductología/translémica: una nueva disciplina lingüística, en *Revista Española de Lingüística Aplicada*. León. Universidad de León.